



Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino”

(1586 – 1652)

Cartas escritas a su amigo Mario Schipano durante los 12 años (1614 a 1626) de su viaje por Próximo Oriente e India.

TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
4ª Carta desde Ferhabad, a primeros de mayo de 1618
y desde Cazvín, el 25 de julio del mismo año.

II.22.32 – “De los amores de Abbás I”

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 5-06-2026
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

Traducción al español de la correspondencia que el noble romano Pietro della Valle mantuvo con su amigo el doctor Mario Schipano, narrándole el periplo que durante doce años -desde 1614 a 1626- realizó por Oriente: Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Persia e India.

Palabras Clave

PIETRO DELLA VALLE, Viaggi di Pietro della Valle Il pellegrino, Viajes a Oriente, correspondencia de Pietro della Valle, siglo XVII primera mitad, antropología, Turquía, Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Babilonia, Persia, India.

Personajes

Pietro della Valle, Ma'ani Gioerida, Mario Schipano.

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** libros impresos.
- **Procedencia:** volúmenes digitalizados por <http://books.google.com> de la Biblioteca del Observatorio de Marina de San Fernando.
- **Sección / Legajo:** Ref. de la Biblioteca del OMSF: vol. 1, tomo I: n.º 04818; vol. 2, tomo II: n.º 04819; vol. 3, tomo II bis.: n.º 04820; vol. 4, tomo III: n.º: 04821
- **Tipo y estado:** Correspondencia recogida en los IV tomos del “Viaggi di Pietro della Valle, il Pellegrino” durante los años 1614 a 1626.
- **Época y zona geográfica:** Principios del siglo XVII. Mediterráneo, Próximo y Lejano Oriente.
- **Localización y fecha:** Roma, Nápoles, Venecia, Turquía, Egipto, Tierra Santa, Persia, India (Correspondencia escrita por DELLA VALLE y enviada a Mario Schipano durante los años 1614 a 1626).
- **Autor de la Fuente:** Pietro della Valle (Roma, 1586 - Roma, 1652).
- **Edición y traducción al castellano:** Esmeralda de Luis y Martínez para www.archivodelafrontera.com

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE

“El peregrino”

- Tomo II -

CARTA VIGÉSIMO SEGUNDA – 1ª parte

FERHABAD Y CAZVÍN - PERSIA

Desde Ferhabad, a primeros de mayo de 1618, y
desde Cazvín, a 25 de julio de 1618



II.22.32

“De los amores de Abbás I”



Músicos persas

**TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
4ª carta escrita desde Ferhabad y Cazvín.**

II.22.32 – “De los amores de Abbás I”

*La pugna por El
Gurgistán.*

Y la carta continúa así: “... No sé cómo ni por qué, de pronto, el Rey comenzó a hablarme del *Gurgistán*, que es como llaman aquí a *Georgia*, y de *Teimuraz Chan*, uno de los príncipes de ese país, al que el Rey *Abbás* ha arrojado fuera de sus Estados y lo persigue, extrañamente, como todo el mundo sabe, a causa de una dama que *Teimuraz Chan* había desposado en segundas nupcias tras la muerte de su primera mujer, y que a su vez es hermana de otro príncipe georgiano, llamado *Luasarb*, y de una doncella que el Rey *Abbás* ha traído hace poco a su harén, con alto rango entre sus mujeres y a la que el Rey tiene en mucha estima.

El Rey pretende que esta dama en cuestión le pertenece, y yo creo que así lo afirma por los testimonios recibidos de su parte; cartas o cosas parecidas en las que ella le dice que quiere tener el honor de ser, al igual que las otras, su legítima esposa; algo a lo que de seguro él no solo no se opondría, sino que lo desearía por cuestiones de Estado, ya que en estos momentos no pareciera que el amor fuera a embargarle ardientemente su espíritu, ni que se encuentre atormentado, como afirma; ni que ella misma fuera tan poco razonable como para preferir al Rey *Abbás*, ya en una edad demasiado avanzada y que posee tantas mujeres, a *Teimuraz Chan*, un joven príncipe cristiano y de su misma cuna; además de ser ahora mismo su legítima esposa y única mujer y soberana en sus Estados.

*Este príncipe
Teimuraz de
defiende del Rey
rechaza sus
exigencias.*

En fin, que *Teimuraz*, antes gran amigo del *Persa*, se casó con esta dama contra la voluntad del Rey; y poco después, cuando el Rey *Abbás* le indicó que él deseaba tenerla, *Teimuraz* no solo lo rechazó, obligado por la ley y el honor del cristianismo, sino que incluso, cuando el mismo *Abbás* pasó a las amenazas, *Teimuraz* la defendió generosamente y la conservó por la fuerza de las armas. Y bien es cierto que *Teimuraz* ha perdido sus Estados, y que el Rey *Abbás* los ha arruinado por completo, llevándose a la mayor parte de su población a diversos sitios de Persia, y haciéndolos vivir en una cautividad miserable; tal y como sucede con los pueblos cristianos a los que se obliga a abandonar su propio país para vivir en tierras enemigas y extranjeras, bajo el yugo y la insoportable tiranía de los infieles.

De todos modos, a pesar de estos desmanes y extremas violencias, *Teimuraz* sigue manteniendo su postura, retirándose, unas veces a tierra de los Turcos, que le proporcionan el apoyo necesario, y otras, furtivamente, a los Estados de su cuñado; Estados ahora en poder del Rey de Persia por

Este príncipe se ha visto obligado a retirarse a tierras de otros soberanos para evitar la violencia del Rey Persa.

habérselos entregado voluntariamente ese cuñado, al que el Rey mantiene en la actualidad en una lejana provincia, casi como un prisionero, o al menos, sin toda la libertad que sería deseable; esa es la causa de que ahora sus tierras hayan sido abandonadas al saqueo y a la violencia de las gentes de guerra. Aunque, por lo general, *Teimuraz* suele quedarse, por razones de mayor seguridad, en tierras de otros príncipes georgianos, parientes y amigos suyos, que viven en lugares bien situados y de difícil acceso, igual que sucedía con el de *Teimuraz*, si él hubiera sido más cuidadoso a la hora de protegerlo, y si no hubiera traicionado a la mayoría de sus súbditos. Sea como sea, estos son asuntos que merecerían ser discutidos largo y tendido, y aunque bien es cierto que yo no ignoro las circunstancias de todas estas historias, también lo es que no las puedo detallar en una sola carta.

En fin, que aunque el Rey jure estar apasionadamente enamorado, afirmando que “se quema los brazos¹” —como dicen en Oriente—, y no haga más que mostrar las cartas de esa Dama, en las que ella le testimonia su afecto y cosas parecidas, a mi parecer, es que todo esto no es más que una farsa; tanto de su parte, como de la propia Dama. Yo creo que solo son estratagemas para justificar sus pretensiones y llevar la guerra a estos países para convertirse en su Señor; porque en verdad no había ninguna necesidad de entrar en combate, dado que *Teimuraz* era amigo del *Persa*, y bastante sometido a las órdenes que recibía, como puede verse por los rehenes que envió a este Rey para apaciguarle, cuando estaba más enfadado con él, mandándole a su madre y a dos de sus hijos, que ahora los mantiene prisioneros en *Shiraz*. Esos mismos muchachos, que entonces eran muy jóvenes, y que fueron obligados a abrazar la Ley de Mahoma; además, si es cierto lo que se dice, también los ha hecho castrar, para así impedir que se conviertan en legítimos sucesores de sus tierras.

Así que hacía falta, para llevar más lejos esas secretas enemistades, encontrar algún otro pretexto, y servirse de otra ocasión. ¿Y qué mejor excusa podría encontrar contra un Príncipe Cristiano que la de pedirle su mujer, algo que jamás habría podido dar sin antes perder sus bienes y su vida? Pero como no hay nada más impertinente, ni que choque tanto contra la razón que pretender robar y poseer a las mujeres de otro, habrá que suponer necesariamente que para disimular tales extravagancias era ella la que le andaba buscando, y que incluso le hacía avances testimoniándole su amistad; algo de lo que el *Persa* se vanagloriaba; sosteniendo además para apoyar su causa y hacerla más legítima, que esta dama había sido prometida antes al

¹ “arde en las llamas de la pasión”.

Rey de Persia. Fuera lo que fuese. *Esta mujer fue la causa de esa trágica desgracia.* O al menos, eso es lo que se dice.

Este príncipe ha vuelto a guerrear contra el Persa, aliándose con los turcos.

Y eso es, según mi opinión, lo que ahora ha hecho que *Teimuraz Chan* haya vuelto a la guerra y se haya unido a los turcos contra el Persa, y que los turcos le hayan dotado de un fuerte ejército formado por tártaros; además de sus propias tropas, a saber, la mayor parte de la nobleza georgiana, que en este momento, en interés de salvar su honor se ha declarado a su favor; aparte de otros muchos que siempre le han acompañado con mucha lealtad y fidelidad durante todas sus desgracias en el exilio, llevando incluso a sus mujeres a caballo, armadas de pies a cabeza como sus maridos, y mostrando su valor para defender a esa princesa. Así pues, con ese ejército tártaro y todas esas fuerzas que os he detallado, *Teimuraz* espera reconquistar sus Estados y hacer, por esta parte, todo cuanto le sea posible para ello; mientras que, del otro lado, el *Serdar*, o General de los turcos, a la cabeza de trescientos mil hombres, tanto turcos como tártaros, atacará al Rey de Persia con todas sus fuerzas.

El Rey, que andaba enzarzado en este asunto, y discurriendo sobre todo ello y sobre *Teimuraz*, dijo, —*Bien, todo va bien. ¿Qué ventaja puede sacar Teimuraz de la ayuda de los tártaros, que solo saben hacer Ter Ter con sus flechas?*— a la par que hacía un gesto despectivo, y con un tono de voz burlesco, como mofándose de ellos, prosiguió; —*que vengan, que vengan; solo yo haré, y yo diré*— continuó el Rey llevándose la mano derecha hacia su espada, con unos ampulosos movimientos, como los del Capitán Matamoros de nuestras comedias; tras lo cual, arrepintiéndose de lo que había dicho, puede que temiendo que los efectos no se correspondiesen con sus intenciones, elevó los ojos al cielo y comenzó a decir: —*No, no; me he equivocado; no hay que hablar de esta manera, Toba Toba*— palabra que utilizan para expresar arrepentimiento por haber hecho algo mal, y asegurar que cumplirán sus promesas; algo así como cuando nosotros decimos “Dios me libre”, o “Nunca más”; pero lo que significa propiamente es “arrepentirse”; así que cuando pronunció *Toba Toba*, lo que quiso decir fue: “*yo no haré más que lo que a Dios le plazca; solo Dios dispone de todas las cosas, y nada sucederá que no sea la voluntad de Dios*”.

Buenos sentimientos del Rey de Persia.

Después de esto comenzó a hablar de batallas, combates, de la forma en que hay que luchar contra los enemigos. Y cuando uno de sus cortesanos apuntó no sé qué sobre la manera que tenían de pelear los hombres de a caballo con sus lanzas, le corrigió esa forma de combatir, y a modo de instrucción, tanto para mí, como para algunos de los que le acompañaban, el Rey nos dio algunos consejos a ese respecto.

El Rey da algunos consejos sobre la forma de combatir.

Lo primero que nos dijo era que jamás se debía atacar directamente al caballero, porque como el jinete siempre se encuentra a la defensiva, no se le puede derribar fácilmente, unido a que no se puede sacar así ventaja; sino que es preferible atacar siempre primero al caballo; porque no se puede fallar, de forma que una vez abatido, el caballero quedará desarzonado, y de ese modo y con un solo ataque recibirá dos golpes mortales.

Lo segundo, fue que jamás se debe herir al caballo en la cabeza, porque ésta es dura, y porque el golpe que se diera así no sería grave; sino que había que herir en el cuello, la parte más tierna y expuesta, y que siempre sucede que cuando el caballo es herido en ese lugar, le resulta imposible mantener la cabeza erguida y termina por caer.

Hay que tenerlos en cuenta.

Lo tercero, que cuando al enemigo al que se ha combatido ha caído a tierra, no hay que bajar rápidamente del caballo para rematarlo y darle el golpe de gracia, es decir, cortarle la cabeza para llevársela según acostumbran aquí, como prueba incontestable de victoria y de la bravura que uno ha demostrado en el combate; o bien para tomar lo que sea de sus bienes; porque, la suerte de las armas es tornadiza y caprichosa, y grandes peligros pueden darse en esos momentos; como por ejemplo que el caído en tierra estuviera aún lleno de vida, y sin haber recibido ningún golpe mortal; e incluso más fuerte y brioso que el caballero que había desmontado, y que, estando ambos a pie, el vencido se envalentonara, se vengara de sus desgracias sobre el victorioso, y puede que hasta le diera muerte; él, que hasta ese momento había sido el amenazado. En esta ocasión, lo primero que hay que hacer, antes de descabalar, es darle un golpe de gracia al vencido con la lanza, bajar del caballo tras herir de muerte al caído para cortarle la cabeza, si el tiempo lo permite, y tomar botín del vencido, que pasará a ser de su total pertenencia.

Lo cuarto, y último, fue que la lanza que usan aquí, fina y de una pieza, como las jabalinas que utilizan los moros, sin ninguna empuñadura, aunque no tan larga, pero de las mismas medidas que nuestras lanzas, y puede que incluso más cortas, no debe atacarse con ella usando todo su largo, porque de esta manera al acercarse el enemigo no podría recibir un golpe fuerte, sino que hay que llevar el brazo hacia atrás, y sostener la lanza así para empujarla a la hora de atacar y dar un golpe que no se pueda parar —el Rey, en mi opinión, hablaba con mucho fundamento y conocimiento— y nuestros caballeros, que tienen la costumbre de llevar sus lanzas de otro modo, encontrarían una respuesta a esto; y es que las lanzas que usan los persas, muy diferentes a las nuestras, es lógico que deban manejarse de otro modo.

Los que rodeaban al Rey recibieron estos consejos aplaudiendo y dando muestras de agradecimiento; aprobándolos y estimándolos muchísimo; así

La destreza del Rey.

que yo, para no apartarme del sentir de los demás, y darles mi opinión, dije que en todas las artes y todas las ciencias, solo los Maestros pueden dar verdaderas lecciones, y que el Rey Abbás había adquirido una gran experiencia en una guerra que llevaba a cabo desde hacía mucho tiempo colmada de victorias. El Rey se puso a reír, y con una suerte de alegría, acompañada de modestia, nos dijo que lo que él había hecho en estas ocasiones no era tan importante. Yo le respondí que los demás no lo creían así, y que todo el mundo hablaba de él con elogios. Y ese modo de combatir, atacando al caballo antes de al caballero, lo repitió muchas veces y con mucha energía. Yo le dije que, nosotros, los europeos, nos parecíamos bastante en eso, y que usábamos de las mismas prácticas, y que por eso nos servíamos de picas, aunque íbamos a pie y solo para reprimir y matar a los caballos.

El Rey se informa sobre nuestra forma de combatir.

Entonces se me presentó la ocasión de hablar sucintamente de nuestra forma de combatir; de la disposición de nuestros ejércitos; porque yo sabía que el Rey deseaba que le informase, y de cómo la infantería era el nervio y por qué; de cómo utilizábamos nuestras picas y mosquetones, mostrándole cómo se disponían los hombres con las picas y con ciertos arqueros, colocados por detrás, y de cómo usábamos la caballería para proteger los flancos de los escuadrones y para batir el campo; de qué forma usábamos la artillería y cómo la trasladábamos, así como muchas otras cosas que el Rey escuchaba con agrado, y que aprobó, repitiendo él mismo lo que yo le había dicho a los que le rodeaban; sobre todo lo de los mosquetones, de largo alcance y con gruesas balas, por los que el Rey mostraba desde hacía tiempo un extraordinario entusiasmo, sin que por ello hayan podido satisfacerle hasta ahora, al igual que les pasa a los turcos, a pesar de que ellos posean arcabuces más grandes de los que nosotros usamos normalmente.

A propósito de esto, le hablé un poco de la colocación estratégica que se observa entre la soldadesca, la que nosotros llamamos milicia; algo desconocido en Oriente, en donde excepto los soldados que están a sueldo, el resto de la gente no solo no se sirve de las armas, sino que ignora totalmente cómo se usan, y no sabe ni lo que son. Yo le comenté además que con un solo golpe de campanilla, millares de hombres toman las armas de inmediato, allá donde nosotros deseáramos y donde la necesidad lo exigiera; gentes bien armadas veteranos ya de muchas campañas, y que habían adquirido una gran reputación en el uso de las armas; también le dije cómo protegíamos los mares por medio de ciertas torres de defensa y de ciudadelas que habíamos construido, y de cómo se mandaban los avisos de unas a otras en poco tiempo de lo que pasaba en países lejanos, y de muchas otras cosas que le agradaron mucho, y que él repetía a cuantos estaban cerca de él, y en su idioma, para que lo entendieran mejor.

*El Señor della
Valle comienza a
Hablar de asuntos
de Estado al Rey
de Persia.*

El Rey me preguntó después por qué el Rey de España no cerraba a los turcos el paso por el Mar Rojo, como habría podido hacer por medio de la armada que tenía en las Indias Orientales; y de esa forma el Cairo y Egipto perecerían de hambre y miseria, y se verían reducidos a la nada. Yo le respondí solamente, que los soberanos saben mejor de sus asuntos que las demás personas del mundo, y que, si el Rey de España no hacía algo así, habría que pensar que sería por tener razones muy pertinentes para no hacerlo. Aproveché yo esa ocasión para mostrarle y exponerle unas ideas que yo llevaba en la cabeza desde hacía tiempo, relativas a la unión y acuerdo con los Cosacos; y le dije *Sire*, ya que no se ha cerrado el Mar Rojo a los turcos, bien podría placer a vuestra Majestad ordenar que se les prohibiera la entrada al Mar Negro, porque eso sería algo que se podría realizar muy fácilmente, y con ello la pérdida y ruina de Constantinopla sería inevitable; porque a través de ese mar se avituallan de grano, trigo, manteca, cueros, toda la madera que necesitan para la lumbre, y para fabricar sus casas y navíos, y mil y otras provisiones parecidas.

*Habla de los
Cosacos con
mucho juicio.*

El Rey me preguntó bastante comedido de cómo se podría llevar a cabo algo así; y yo le dije que era muy fácil, y que lo conseguiría con tomar a los cosacos del mar a su servicio; de manera que ellos perseguirían a los turcos con todas las ventajas que acababa de exponer a Su Majestad; y que si él les proporcionaba algún socorro por las tierras costeras próximas a sus Estados, asegurándoles así una retirada por esa parte, algo que resultaba muy fácil, fortificando algún puerto que él tuviera, o alguna desembocadura de los ríos que había en cantidad; de ese modo ellos serían mucho más poderosos, y que bajo una protección de ese calibre, podrían hacer unos progresos considerables; recorriendo de esa forma las riberas de *Trebisonda*, y de toda esa costa, haciéndose fácilmente los Señores de ese mar, para así obligar a los turcos, porque el Mar Negro no es demasiado extenso, y el primero que adquiriera allí una gran reputación, como los cosacos ya habían comenzado a tenerla, impondrían su ley a todos los demás.

*Della Valle anima
al Rey a que haga
amistad con los
cosacos.*

Yo añadí que las pruebas eran muy evidentes, por las empresas que habían realizado los años anteriores, y ahora se presentaba la ocasión de exponerle este gran discurso que yo me había estado preparando desde hacía tanto tiempo, y que me había propuesto hacerle; manifestando todos mis deseos y todas las cosas que yo os he contado y detallado cuidadosamente en otras ocasiones, y cuya repetición en este momento sería superflua; finalmente proseguí diciendo que los mismos cosacos se habían ofrecido para estos menesteres sin que Su Majestad se lo hubiera solicitado, y que los cosacos habían elegido a uno de ellos, como S.M. sabía, como portavoz de toda la compañía enviándolo a Ferhabad, en donde éste tuvo el honor de presentarle sus respetos. Sin embargo, era necesario que S.M. se apresurara

a llevar a buen puerto este asunto tan importante y ventajoso; un asunto que le gustaba, y que, finalmente convendría cerrar lo antes posible, y no perder esta buena y favorable ocasión que la Providencia había querido ofrecer en este momento.

El Rey me escuchó muy atentamente, sin interrumpirme en ningún momento, y tras haber acabado yo de hablar, me respondió tan solo y muy apasionadamente, que él habría hecho eso si Dios se lo hubiera permitido; que Dios era el Señor absoluto de todas las cosas, y que era a él a quien había que pedirle ayuda, y que nosotros debíamos esperar lo que fuese necesario; concluyó invocando muchas veces el nombre de Dios: *Allah, Allah*, y reiterando con frecuencia esas frases árabes, tan utilizadas en Oriente, para remarcar la pasión y la esperanza de hacer alguna cosa, a saber, *In scta'llah, in Scta'allah*¹, algo así como cuando nosotros decimos “si a Dios le place”, y cuyo significado más apropiado sería “Que sea lo que Dios quiera”. Pero no es nada raro que los árabes hablando de la voluntad de Dios, en presente o en futuro, se sirvan con frecuencia del verbo en pasado; porque conforme a lo que yo pienso, todo lo que Dios quiere o querrá eternamente es despojado de dicha eternidad en la idea divina.

El Rey incita a beber a sus invitados para conocerlos mejor.

Todas estas conversaciones que yo mantuve con el Rey no acabaron sin haber sido regadas con el licor de Baco, del que bebíamos a discreción de vez en cuando, unos tras otros. Incluso el Rey no se privaba de ello durante estas pláticas; pero yo creo que no lo hace tanto por seguir las costumbres del país que no permiten usarlo, sino por mejor conocer a los que invita a estos pequeños libertinajes y penetrar hasta el fondo de sus almas, gracias a esos brindis infinitos, que no descubren los sentimientos de sus corazones, y que en otros tiempos también utilizara Agatocles con Diodoro en Sicilia.

Yo, que no estoy acostumbrado a beber vino, y que tomé tanto y sin agua desde el primer momento, aún me extraño de no haberme embriagado, ni haber dicho o hecho alguna extravagancia; pero tal vez Dios, que sabía de la necesidad que me llevaba a hacer esos excesos, me haya fortalecido en esa ocasión, no permitiendo que yo sucumbiera.

La primera vez, el Rey mismo llenó una pequeña taza de oro con un vino blanco como el agua, que tenía junto a él en una licorera de vidrio; y mientras vertía el vino en la pequeña taza, lo mezclaba con un poco de nieve que había delante de él; diciendo sin cesar que ese vino era en extremo suave; pero yo creo que eso lo decía como burla, porque yo lo había visto otras veces muy parecido en la mesa de los Religiosos de San Martín en Nápoles, y era un licor muy fuerte; por eso me tomé la libertad de decir que puede ser que éste

¹ Sic en las dos ediciones. Se refiere a la expresión árabe: *In shâ' Allah* “Si Dios quiere”.

sobrepasara a todos los demás en calidad y fuerza; y diciendo esto, en el momento en que yo creía que él iba a beber, me presentó la taza, tomándome por sorpresa; taza que recibí respetuosamente, diciendo que yo bebía por obediencia, pero que para mí esto era algo demasiado fuerte. Después de beber, el Rey me dio un poco de esa hierba blanca y agria para que la tomara, a fin de reprimir y rebajar los vapores del vino. El Rey también ofreció ese vino, de la misma forma, rellenando el mismo la taza y mezclándola con nieve, a *Delli Muhammed Chan*, mientras le gastaba mil y una bromas, y una vez hubo vaciado el *Chan* la copa, el Rey le dio a beber todo lo que quedaba en la frasca; porque desde el principio en ella solo se había puesto un poco de ese vino. Estrabón afirma que servirse uno mismo y servir a los demás de esa manera, es una costumbre muy antigua entre los árabes, y que sus reyes siempre lo hacían así; de suerte que no se había de considerar algo extraño que el Rey ‘Abbás, que presume de descender del origen de los árabes, haya conservado esa tradición; comportándose de esa forma con los confidentes a los que quiere dar un trato muy especial.

Al poco tiempo, y después de muchos otros asuntos, el Rey me presentó otro tipo de vino, de color normal, procedente de Shiraz, y que él aprecia más que ningún otro, consumiéndolo de ordinario. Os diré que este vino es un poco más fuerte que el blanco que yo había bebido antes, y que en verdad era delicado, como el Rey decía, pero menos fuerte que el que nos habían servido a lo largo del día durante la comida, antes de que el Rey entrara en el *Divanchané*. Cuando me pasó la segunda taza, yo le dije: —Sire, entonces ¿tengo que embriagarme la primera vez que tomo vino? — Y él me respondió riendo que no importaba, que todavía había tomado poco. De manera que yo seguí bebiendo, igual que los demás en el mismo orden que habíamos seguido hasta el momento.

El Rey presiona a Della Valle para que beba igual que él.

Pasamos aún algo más de tiempo conversando, y como al final volvimos a hablar de los cosacos; el Rey comenzó a bromear con *Delli Muhammed Chan*, y entre otras cosas, el Rey me dijo que ese *Chan* era *Delli*; es decir insensato; y me preguntó por el significado de esa palabra en nuestra lengua; a lo que yo le respondí que la palabra *Matto* vendría a significar en nuestra lengua lo mismo que *Delli* en la suya, y a cosas parecidas. Tras lo cual el Rey repitió en numerosas ocasiones *Matto Matto*. Tras estas bromas, el *Chan Matto* dijo al Rey que le diera de beber una vez más, porque ya estaba tardando. Y mientras el Rey le pasaba la taza, le dijo riéndose —¿Vas a ir tú a prestar un servicio a esa persona? — refiriéndose a una Dama de su harén, que el Rey le había dado como esposa, tal y como suele hacer con los Grandes de su Reino, entregándoles a las mujeres que ya no necesitaba. El *Chan* le respondió que sí; que, por supuesto que lo haría, y que no tendría ella que lamentarse después de los “buenos servicios” que le hacía; porque, en efecto, de esta forma

es como hay que comportarse con las mujeres que se reciben de manos del Rey. También le preguntó, riéndose, cómo pasaba el tiempo con ella, a lo que él le respondió que lo pasaba de la manera más agradable que le era posible,

*Familiaridad del
Rey de Persia.*

Después que el *Chan* hubo bebido, el Rey llenó la taza con el mismo vino, y como para entonces no había ya agua por allí cerca para limpiarla, arrojó ese vino fuera del *Divanchané*, del lado en el que estaba apoyado. La taza, enjuagada de ese modo, fue de nuevo colmada, y siguiendo la costumbre, añadió con un cuchillo nieve a la bebida, y tras remover un poco el vino para que se fundiera pronto en él la nieve, me la pasó; yo, por complacerle, me vi obligado a beber de nuevo, pero no pude llegar a vaciar la taza, y él, volviéndola a coger, hizo las mismas operaciones para llenarla de nuevo y presentársela a otro.

Entonces, *Delli Chan*, que conocía bien todas estas costumbres y que la hora que era obligaba a retirarse, se levantó y se marchó sin decir palabra alguna, ni siquiera una señal de despedida, y tan silenciosamente, que yo, que aún estaba hablando con el Rey, no me di cuenta de nada, y no percibí hasta mucho después que él se había marchado; pero como a mí nadie me había informado sobre estos usos, al ver que el Rey no se levantaba, pensé que yo tampoco debía levantarme. Sin embargo, el Rey, poco tiempo después dijo con franqueza —se acabó; no merece la pena quedarse aquí más tiempo—; y dio a entender que él también se iba. Y, creedme, yo no hice que me lo repitieran dos veces. Acto seguido, el Rey se colocó su turbante, pues hasta ese momento había permanecido sin él, y a pesar de estar al sereno, estuvo con la cabeza descubierta; se fue a apoyar contra uno de los pilares del *Diván Chané*; de los que sostenían el techo que aún no estaba acabado; los músicos se acercaron un poco más al Rey y continuaron tocando sus aires, que cantaban con voz muy dulce y a los que el Rey parecía prestar muchísima atención; pero siempre con el aspecto de un hombre muy melancólico.

*El Señor della
Valle abandona
la audiencia.*

El Visir del Mazanderán, que estaba de pie, como los demás, en las gradas del *Diván Chané*, me hizo entonces una seña para que saliera ya, pero sin decir nada, ni despedirme de nadie, contentándome tan solo con una mínima reverencia al pasar delante del Rey; reverencia que ni siquiera hacían sus cortesanos. De ese modo me retiré, sin hacer el más mínimo ruido, y volví a casa acompañado por unos hombres que el Visir había puesto a mi disposición, y sin la obligación de tener que llegarme hasta el Palacio para seguir allí con la Corte, ni cualquier otra muestra de cortesía.

Según me han dicho, esa es la costumbre del Rey, y que le gusta quedarse solo y en silencio, para escuchar a los músicos mientras entonan las melodías que a él le gustan; luego, cuando vuelve de ese estado de melancolía,

se retira al harén con sus mujeres, y siempre embargado por esa pesadumbre propia de su naturaleza, que le persigue sin cesar y que causa a su alma mucha más tristeza, con fundamento, que otros asuntos de menor importancia...”



El Sah Abbás I y un paje.
Témpera y dorado;
Muhammad Qasim, 1627;
[Museo del Louvre, París.](#)

Próxima entrega

CARTA XXII DESDE FERHABAD

II.22.33 - “La melancolía del Rey Abbás”

